

FANTASÍA SANFERMINERA: A 40 DÍAS DEL ARRESTO DOMICILIARIO POR EL CORONAVIRUS.

Emilio ECHAVARREN URTASUN

¡Cuándo se ha visto una pata con sus patitos contoneándose por Carlos III o dándose un chapuzón en la fuente de Merindades! ¡O jabalíes husmeando en los contenedores de los hospitales! ¡O la Plaza del Castillo desierta, con solo dos almas: la de un mendigo sentado en las escaleras del quiosco y la de su perro! ¡O las esculturas en bronce del encierro protegiéndose con mascarillas! Imágenes irrepetibles, fantasmagóricas, de pesadilla. Un lujo para los fotógrafos o para visionarios como Antonio López: Gran Vía, 6,30 h. de una mañana luminosa de 1974. Lo que hace casi medio siglo era, según unos, una extravagancia hiperrealista y, según otros, una fantasía onírica es hoy una realidad cotidiana, de andar por casa. Digo bien: de andar por casa, porque desde que se decretó el secuestro domiciliario no nos hemos quitado las zapatillas. Aclaro esto para que no te pongas mustio y para que aproveches esta oportunidad única: describir los preámbulos y los sanfermines más extraños de Pamplona. ¿Quién nos iba a decir que tener perro iba a ser el mejor salvoconducto para salir a la calle?

Podrías empezar con una cita: "un soneto me manda hacer Violante...", por ejemplo. Una cita de dificultad siempre da prestigio a quien no se arredra ante el peligro. Tienes que hacer creer al lector que tu trabajo es complicado, difícil, peligroso, insuperable;

cuando lo cierto es que nunca te vas a encontrar un chollo más a mano. Mira, cuando no se tienen las ideas claras, ayuda mucho una mano de erudición libresca, para ganar tiempo y para ver si se hace la luz por alguna parte. Aunque tú no tienes excusas; tú solito te metiste en este embrollo cuando contestaste a tus amigos de Pregon:

'Sí, hombre, sí. Cómo no os voy a escribir una estampita sanferminera para el número extraordinario.'

Tan pardillo como siempre. ¡Qué oportunidad para estar callado! Para escribir sobre Sanfermines de horca de ajos al cuello, magras con tomate en el almuerzico del seis o ajoarriero en el tendido de sol, sirve cualquier cocinillas. Pero aquí te quiero ver, con este morlaco de la ganadería coronavirus, emparedándote en el callejón sin tiempo para encomendarte ni 'a San Fermín venimos' ni esconderte por la gatera. Dos meses de confinamiento dan para mucho estreñimiento -con rima interna y todo. Anda, jódete y baila-. Vivimos un sin vivir permanente. Un muero porque no muero, que diría la santa. Perpetuo Viernes Santo. Incontables días anclados en la misma fecha. Al puñetero calendario de la cocina se le han ido borrando los números, los colores y los santos. Ahora todos los días son viernes y todos los viernes son viernes de dolores. Todos igual de cenicientos, por más que la primavera

haya estallado en colores, trinos y perfumes más allá de mi memoria. Que por mayo era... cuando un pajarito pardo, franciscano -que en esto de pájaros tampoco ando muy ducho- se ha puesto a construir su nido en el árbol bajo mi ventana. El hacendoso ruseñor y la hacendosa calandria, o como se llamen, al ver la ciudad desierta, se han



*¡Hasta Caravinagre se quedó en casa!
(Fotografía Diario de Navarra).*

Firmas en fiestas

puesto a cantar y a darse el pico, pensado que todos hemos pasado a mejor vida. Toda la ciudad para mí, se han dicho. Para mí y para los perros que sacan a pasear a sus dueños tres veces al día...”

Este es un amigo de los de barra de bar y gambas con gabardina, empeñado en darme ánimos. En algún traspies de la conversación telefónica le debí comentar el aprieto en que me había metido: escribir sobre el bullicio pamplonés en este momento de cal y canto, con barba de cepillo, presidio a domicilio y pijama de campo de concentración.

“Creo que deberías empezar por el encierro -prosiguió-. Los sanfermines sin encierro son como el ajoarriero sin bacalao. Pero saca la botella de crianza y ponla al lado. Un buen caldo inspira más que una biblioteca. Hoy comamos y bebamos que mañana ya veremos... Antes he mencionado el Viernes Santo, pero tú *vade retro, Satanas...* Ni se te ocurra ponerte erudito y echar mano de la Pasión según Juan Sebastián Bach. Que ya te conozco: que cuando te dan cancha, y aún sin ella, te pones estupendo y te lanzas por el terraplén de la imaginación, deslizándote con el culo. Los corralillos del gas no son el huerto de Getsemaní ni los toros son arrestados y llevados al corral de Santo Domingo, a la espera de Pilatos. A los toros no hay Judas que los bese. Ya comprendo que dos meses de confinamiento han podido ablandarte la sesera y hacer que confundas el encierro con el viacrucis. Pero no trueques a los esforzados levantadores de cartelones en euskera junto a la hornacina del santo y su 'A san Fermín pedimos' con el 'A barrabás, a Barrabás' del coro encolerizado de judíos en la Pasión según San Mateo. Ni equivoques las tres caídas del Vía Crucis con las caídas de los toros en la cuesta del ayuntamiento, en la curva de Mercaderes o en la Estafeta. Ni equipares al mozo que, agarrándole por el rabo, ayuda a levantarse al toro caído junto al callejón con el Cirineo que venía, azadilla al hombro, con las lechugas de la Madalena. Los toros no son varones de dolores, aunque sean varones sin estrenar. Ni asemejes las voces chillonas de los balcones con las hijas de Israel, ni los encaramados en las vallas con la turba maloliente de los judíos, ni la niña que saca una foto con su móvil con la Verónica del Greco. Ni te precipites creyendo que la chiquillería



Las “gambas con gabardina” que comparto con mi amigo...

camino del Calvario es el griterío que corre por la Estafeta. Ni mucho menos se te ocurra pensar que, una vez concluido el encierro, los toros, en lugar de descansar en los chiqueros, son llevados a una residencia taurina. Nada más triste que morir sin nadie que te apriete la mano y te cierre los ojos. Mira, que te conozco, no me vengas con monsergas. Acuérdate del bajo que con su enorme vozarrón da entrada al coro en la novena de Beethoven: 'Oh amigos. Cambiemos de tono.' Que dicho en alemán aún suena más contundente: 'O Freunde...' Pues eso: cambiemos de tono. Mejor dicho: cambia de tanta monserga. Yo te he dicho lo que no tienes que hacer; ahora te toca a ti buscar el camino adecuado. Bueno, como ya llevamos andados varios párrafos, es tiempo oportuno de detenerse para echar otro trago.”

Tener amigos con facundia y optimismo sin fronteras es tal bendición, que aquellos que no la disfrutan no saben el regalo que les hizo el cielo. Cada cual es como Dios lo hizo y algunos, aún peor. Mi amigo es como el Sancho que aseguraba: 'En casa ajena presto se guisa la cena.'

“Y cuando termines con el encierro, te aconsejo que te ocupes de la procesión. De las vísperas sin alcalde en los últimos años y del sin Riau Riau mejor ni hablar. Ni se te ocurra ponerte sentimental y lacrimógeno. Ay, ¡qué bonito, aquel niño con pantalón corto y calcetines de rombos que correteaba delante de los zaldicos y le hacía una chufra a Caravínagre! Tú céntrate en la misa y en la procesión del día siete y no te vayas por las ramas. No estires las coincidencias ni te pongas a hablar, por ejemplo, de las misas del papa en el Vaticano. No pases de San Lorenzo a San Pedro, ni del atril en que se lee el Evangelio el día del patrono a los atriles en que se lee la Pasión del Viernes Santo en Roma. El papa, la cúpula de Miguel Ángel, el baldaquino de Bernini. Muchas bendiciones al libro sagrado y mucho incienso: '*Lectio sancti evangelii secundum joannem...*' Tres atriles, tres lectores, revestidos con precioso terno, y un enorme eco en aquella basílica vacía. En el centro, el sacerdote que pronuncia las palabras de Jesús; a la derecha, el diácono que dramatiza las voces de los diferentes personajes; y a la izquierda, el subdiácono narrador. '*In illo tempore...*' Del latín, al italiano; y del italiano, a las



“Y cuando termines con el encierro, te aconsejo que te ocupes de la procesión”.

como por ensalmo, lo que hoy llamaríamos expertos o, en su caso, un comité de sabios, con hábitos mugrientos, sandalias rotas y cilicios: *'Paenitentiam agite'*, que en latín resultaba más misterioso e infundía aún más temor. *'Convertíos, haced penitencia, ayunad, dad limosna a los pobres...'* Se pasaban las putas, siem-

pre las putas, a la otra orilla del río, se ayunaba aún más que de costumbre, se celebraban una misa tras otra, se procesionaban las reliquias, los penitentes arrastraban cadenas, las mujeres se mesaban los cabellos y se arañaban los rostros. Se quemaban inciensos, se encalaban las iglesias y se ahumaban las casas. Pero ni aún así cesaban las pestes. No había portadores suficientes para las cruces de guía, los estandartes y los pasos procesionales. Los muertos tenían mejor aspecto que los enterradores. Y cuando todo se daba por perdido, cuando ya no quedaba sino esperar a que la muerte te invitara a bailar, aparecía el perfume de las oraciones de las monjitas de clausura. ¡Aquel ojo fruncido de Dios cómo no iba a mirar con dulzura a estos seres angelicales! Las monjas de clausura han hecho por la humanidad más que toda la soberbia de los sabios, las fuerzas de los ejércitos y la autoridad de los poderosos. En nuestra ciudad siempre ha habido muchos conventos de clausura; pero con ser tantos, nunca han sido suficientes para detener las pestes a la puerta de la muralla. Pero desde que Nietzsche anunciara la muerte de Dios, Fleming descubriera la penicilina, la Seguridad Social se hiciera universal y, especialmente, desde que la ciencia ha creído descubrir todos los arcanos, las pobres monjitas han entrado en declive. Solo las novias llevan unas docenas de huevos para que luzca el sol el día de su boda.”

palabras del periodista que traduce y comenta la retransmisión. Texto largo y triste, muy triste. Pero no tan largo ni tan triste como esas comparecencias de la Comisión de Expertos y de los ministros que todos los días nos acongojan con su cantinela de muertos y contagiados. También de pie, con atriles y con caras de sepultureros. Semblantes más elocuentes que las palabras. De vez en cuando un traspies, un lapsus o un silencio. Un mirarse unos a otros para ver qué experto tiene que contestar o qué ministro está autorizado para aclarar algún dato complicado. Es evidente que no tienen ni las tablas ni los ensayos que los siglos acumulan en el Vaticano. Se nota que el vestuario de Moncloa no siempre es el adecuado, que los trajes a veces les vienen grandes por aquí o que las sisas les tiran por allá. Pueden faltar los ensayos o el vestuario adecuado, pero lo que nunca falta es la naveta, las brasas encendidas, el meaneo grandilocuente del botafumeiro, el incienso, el muchísimo incienso en las narices y en las lágrimas. Vanos de camino: el dispar equipo de corbatas, chaquetas de punto, uniformes y modelitos varios aún no ha llegado a terminar su comparecencia con un 'Palabra de Dios.' No quiero ser pesado, pero cuando termine la misa, no te pases de acera y no te vayas ni a la plaza de San Pedro con la bendición *Urbi et orbi* vacía ni a la plaza de Recoletas. No me saques la excusa de la docena de huevos. Ya conozco tu devoción por las monjitas de clausura. Tampoco será la primera vez que escribes sobre ello. Cuando las pestes eran un castigo divino: aquel ojo de Dios, metido en el triángulo celeste, que todo lo veía y que, de cuando en cuando, se enfurruñaba y mandaba un diluvio, una peste o las siete plagas de Egipto... Contra aquellos enemigos invisibles no valían ni los escudos ni las armaduras ni las altas murallas. Cada vez que esto ocurría, aparecía,

pre las putas, a la otra orilla del río, se ayunaba aún más que de costumbre, se celebraban una misa tras otra, se procesionaban las reliquias, los penitentes arrastraban cadenas, las mujeres se mesaban los cabellos y se arañaban los rostros. Se quemaban inciensos, se encalaban las iglesias y se ahumaban las casas. Pero ni aún así cesaban las pestes. No había portadores suficientes para las cruces de guía, los estandartes y los pasos procesionales. Los muertos tenían mejor aspecto que los enterradores. Y cuando todo se daba por perdido, cuando ya no quedaba sino esperar a que la muerte te invitara a bailar, aparecía el perfume de las oraciones de las monjitas de clausura. ¡Aquel ojo fruncido de Dios cómo no iba a mirar con dulzura a estos seres angelicales! Las monjas de clausura han hecho por la humanidad más que toda la soberbia de los sabios, las fuerzas de los ejércitos y la autoridad de los poderosos. En nuestra ciudad siempre ha habido muchos conventos de clausura; pero con ser tantos, nunca han sido suficientes para detener las pestes a la puerta de la muralla. Pero desde que Nietzsche anunciara la muerte de Dios, Fleming descubriera la penicilina, la Seguridad Social se hiciera universal y, especialmente, desde que la ciencia ha creído descubrir todos los arcanos, las pobres monjitas han entrado en declive. Solo las novias llevan unas docenas de huevos para que luzca el sol el día de su boda.”

Mi amigo es una sarta de citas, un erudito a la violeta, un almacén de ocurrencias, un almanaque de cocina, un multiplicador de dolores de cabeza. Maldito teléfono.

“¿Te imaginas a los corredores del encierro con mascarillas, guantes, embutidos en EPIs y guardando las distancias preceptivas? 'Eh, tú, que como te acerques, te toso un enjambre de virus.' Los divinos sin mascarilla ni guantes

Firmas en fiestas

"Y el señor alcalde, sonriente y con la mano en alto, saludando a la balconada de Estafeta, presumiendo de haber vencido al Covid-19".

ni nada, que para eso son los amados de los dioses. Lo que no saben estos infelices es que los dioses los prefieren jóvenes; a diferencia del coronavirus que los prefiere talluditos. Y el señor alcalde, sonriente y con la mano en alto, saludando a la balconada de Estafeta, presumiendo de haber ven-

cido al Covid-19. Previamente cada mayoral habrá tenido unas palabritas con sus pupilos: 'A ver, chiquiyos. Hoy es vuestro día grande. No me fayéis. ¡Por la gloria de vuestros padres y la memoria de vuestros abuelos! Un poco de orden y ojo al parche. Tú, Trespecados, vente p'acá; deja la alfalfa y presta atención. Nada de arremolinarse. No me seáis churumbes. En el lomo lleváis grabado el hierro de la ganadería. Llevadlo con honor. ¡Por mis muertos! Os quiero sueltos, como en un fandango. Nada de arrechuchos. Pasito a pasito, en línea de procesión. El guía delante y los demás a los pasos reglamentaos. Como lo hemos ensayao tantas veces en el corredero. No quiero apretujones. Vosotros a lo vuestro. Y a esos espantapájaros y papamoscas de colorines, ni puñetero caso.'" Y el enciclopédico Javier Solano ilustrándonos con sus estadísticas: 'Ni en los archivos municipales, ni en los periódicos locales, ni en las fotografías más sepias ni siquiera en mi memoria hay datos de unos encierros tan higiénicos como estos. Nunca hubiéramos imaginado un cambio semejante. Pura fantasía.' Y los balcones, univacios: un espectador por balcón. Las terrazas de la Plaza de Castillo con las mesas alineadas como un memorial de Normandía: en cada tumba, un muerto; perdón: en cada mesa, un superviviente. Nuevos Segismundos llenos de sabiduría, que, después de haber cumplido arresto domiciliario, son capaces de recitar el '¿y teniendo yo más alma,/ tengo menos libertad?, sin haber leído a Calderón. Los multitudinarios y bienintencionados mensaje de ánimo ya nos habían advertido



que esta pandemia nos iba a enseñar mucho, muchísimo, pero no nos imaginábamos que acabaríamos siendo tan sabios. No sólo sabios, sino también mejores. Aunque esto último lo pongo más en duda, porque decía mi profesor de gramática que sólo podían ser mejores aquellos que, previamente, habían sido buenos. Lo que tengo por más seguro es que quienes consigan salir de esta cuarentena lo harán como el Cristo resucitado: con una terrible lanzada en el costado. Pero volvamos al grito de Beethoven: *O Freunde, nicht diese Töne!* Será digno de ver a los mozopeñas, sentados al tresbolillo en la andanada de sol, con su bolsa de pícnic, su barbuquejo y cantando a voz en grito el *Resistiré*. Y las charangas intentando, en vano, interpretar sonos alegres. Pero ni por esas. Lo que debería sonar a Maestro Turrillas se parecerá más bien al final de la Sexta de Malher, cuando los metales de grueso calibre asemejan las ventosidades de una mala digestión..."

Y siendo la festividad de San Jorge y aniversario de la muerte de Cervantes, y un día posterior a que el Ayuntamiento de Pamplona hubiera suspendido los sanfermines, y no teniendo más ánimos para seguir con esta fantasía, dejo la pluma en el tintero.

N.B.: Iba a terminar con aquello de 'Contar si son catorce y está hecho', pero no tengo cuajo para más cuentos.

N.B.: Sean mis últimas palabras de agradecimiento para este amigo de barra de bar y gambas con gabardina. Esta copa de tinto de nuestra tierra va por ti y por tus sabios consejos.

Pamplona, 23 de abril de 2020.



"Esta copa de vino tinto de nuestra tierra va por ti y tus sabios consejos".